



www.loqueleo.com/es

© 1999, Ignacio Martínez de Pisón

© De esta edición:

2020, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-073-2

Depósito legal: M-37.957-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Cuarta edición: marzo de 2020

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega
y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



loqueleg

Ahora casi nadie se acuerda de ella pero, a principios de los años treinta, Margarita Castellanos fue una de las actrices españolas más populares. Yo la conocí en el Dux, un transatlántico de la Cunard que cubría el trayecto entre El Havre y Nueva York. Tendría entonces unos treinta años, cinco o seis más que yo, y caminaba sobre sus altos tacones con una seguridad y una ligereza que solo poseen las mujeres acostumbradas a la admiración masculina.

La vi por primera vez poco antes de zarpar. Yo llevaba mi uniforme blanco de camarero y estaba junto a una pareja de pinos enanos que flanqueaban la entrada a uno de los salones. Ella bajaba por las escaleras de la segunda cubierta con tres sombrereras enormes entre los brazos.

—*Garçon, s'il vous plaît* —me dijo, y yo vacilé un momento ante la visión de sus ojos distintos, uno ambarino, el otro verde.

Me tendió las sombrereras e insistió:

—*S'il vous plaît.*

Luego añadió, también en francés, un número, y yo le dediqué una sonrisa y la guie por uno de los pasillos de cobre y caoba que llevaban a los camarotes.

—*C'est ici* —dije.

—*Merci*.

En eso consistió nuestro primer encuentro. Yo le dediqué una nueva sonrisa, que ella no se molestó en devolverme, y regresé a mi puesto junto a la puerta y los pinos enanos.

8 Debo reconocer que entonces no sabía quién era Margarita Castellanos. De hecho, no conocía a ninguna de las estrellas que en aquella época triunfaban en las pantallas y los escenarios de mi país. Ni de mi país ni de ningún otro: había abandonado el pueblo de mis padres para servir en el ejército y luchar contra Abdelkrim, y desde entonces solo había regresado a la Península en un par de visitas fugaces. En los últimos cuatro años no había hecho otra cosa que viajar por medio mundo, unas veces como pescador en Terranova o en el Gran Sol, otras como empleado de una empresa de importación o como simple vagabundo. Ahora trabajaba de camarero en aquel transatlántico de la Cunard y mi lugar de residencia se encontraba en algún punto del océano entre Francia y los Estados Unidos. Por eso no podía saber quién era Margarita ni ninguno de los que entonces la acompañaban camino de América: el barítono de opereta Luciano del Río, los dramaturgos Luis Cañete y Dámaso López Díaz, el actor Mario Borrás, la actriz Ernestina Vigil y una jovencísima pareja de aspirantes

a actores, León Comella y Rosina Zaragoza, quienes, según supe después, habían ganado un concurso de belleza organizado por una popular revista.

El jefe de camareros me llamó antes de hacer sonar el gong que anunciaba las comidas. Me dijo en inglés:

—Los de esa mesa son de tu tierra. Van a Hollywood. A hacer películas. Te ocuparás de ellos durante toda la travesía.

Era lo normal. Siempre que había un grupo de españoles o sudamericanos me lo asignaban a mí, único español en la tripulación del Dux. Me acerqué a la mesa, ya dispuesta para la cena. Los hombres llevaban esmoquin; las mujeres, traje largo. El de Margarita dejaba al descubierto la totalidad de su espalda. Me presenté:

—Muy buenas noches. Soy español como ustedes y...

Margarita me interrumpió para hacerse la ofendida:

—¡Pues podías haberlo dicho antes, cuando buscaba mi camarote! ¡Tanto *merci* y tanto *s'il vous plaît*!

Los demás se echaron a reír. Me limité a sacudir la cabeza, halagado en el fondo por el hecho de que aquella mujer tan guapa se acordara de mí. Cesaron las bromas y yo dije:

—Ya han visto la carta. Si tienen algún problema...

—¿Qué es *croûet au pot*? —preguntó alguien, burlón.

—¿Y *fried fillet of plaice citron*? —preguntó otro, sin darme tiempo a contestar.

—¿Qué es *mulligatawny*?

—¿Cuándo demonios traerán más vino?

—¡Paren este barco, que me apeo!

Margarita, conteniendo apenas la risa, pidió tranquilidad a sus compañeros de mesa.

—Sin alborotar —dijo—. No vayáis a asustar a nuestro camarerito español.

10 Ese fui yo desde aquel momento, el «camarerito español». Yo les servía los almuerzos y las cenas, y permanecía a su disposición a cualquier hora del día o de la noche, pero ellos ni siquiera se tomaron la molestia de preguntar cómo me llamaba o de dónde era o cómo había ido a parar a ese transatlántico. Más aún: cuando estaban en mi presencia se comportaban como si yo no existiera. En la mesa hablaban de sus proyectos de películas y de los contratos firmados con los estudios norteamericanos y, si alguna vez adoptaban un tono confidencial, no lo hacían para que yo no los oyera, sino para que no los oyeran los de las otras mesas, que de todos modos no podían entenderlos. Me ignoraban también cuando jugaban al tenis y yo les devolvía las pelotas perdidas o cuando tomaban baños de sol junto a la piscina o prolongaban la tertulia de la cena en las hamacas de la segunda cubierta. Era su manera de ser, y yo esa displicencia sin maldad la atribuía a su condición de estrellas de la pantalla y de alguna forma la disculpaba.

Solo algunas veces, cuando necesitaban un traductor, se acordaban de mi existencia. Entonces me buscaban con la mirada y decían:

—¿Dónde se habrá metido el camarerito?

Recuerdo, por ejemplo, el simulacro de naufragio del segundo día. Se realizaba un ensayo así en cada travesía.

Los pasajeros se repartían en grupos por la cubierta mientras un oficial impartía instrucciones a través de un megáfono y otro cronometraba la operación. Las instrucciones, por supuesto, eran en inglés, y todos los españoles, alarmados, reclamaron mi ayuda cuando vieron que los demás pasajeros, entre risas y gritos, echaban a correr de un lado para otro.

—¿Qué ha dicho ese hombre?

—¿Qué ocurre? ¿Por qué corre toda esa gente?

—¿Dónde van? ¿Dónde tenemos que ir?

—¿Y nuestro camarerito? ¿Dónde demonios se ha metido esta vez?

11

En aquella ocasión, aunque solo fuera por unos segundos, me hice el sordo y disfruté escuchando sus llamadas de auxilio. Cuando ya los otros grupos estaban completando el simulacro, me dejé ver y los reprendí. Fue mi pequeña venganza.

—Pero ¿se puede saber qué hacen ahí parados como unos pasmarotes? —dije—. ¡Ustedes pertenecen al grupo cuatro! ¿No han visto el cartel con su número? ¡Corran hasta allá y pónganse los chalecos salvavidas! Luego busquen el bote que les corresponde. ¡Venga, rápido! ¿A qué esperan?

Se apresuraron a obedecerme, pero para entonces eran ya los únicos que corrían por cubierta y los otros pasajeros los miraban burlones desde los botes. El oficial del cronómetro, además, consideró que habían sobrepasado el tiempo máximo permitido y me obligó a traducir sus palabras:

—Vuelvan a hacerlo —dije—. Disponen solo de tres minutos.

No les sentó demasiado bien, la verdad. Eso de ser los únicos que tenían que repetir el ensayo les debió de parecer humillante, y yo me esforzaba por reprimir la risa mientras los veía correr hacia la lancha, malhumorados, tensos, los chalecos salvavidas a medio poner.

—*Okay!* —gritó finalmente el del megáfono.

12 Que me ignoraran los compañeros de viaje de Margarita me traía sin cuidado. Lo que me dolía era la indiferencia de ella, quien desde aquella cena del primer día no había vuelto a posar en mí su mirada ambarina y verde. Esa fue su actitud durante las primeras jornadas, una actitud que solo cambió la noche del baile de disfraces.

Aquel era uno de los días de más trabajo para el servicio de a bordo. Después del almuerzo teníamos que engalanar el barco para la fiesta, colocando banderines y lamparitas de papel por todas partes. Luego preparábamos el salón principal para la cena fría y el baile, y nos repartíamos por la espaciosa estancia con nuestras bandejas repletas de copas de champán. Cuando por fin, a las tantas de la madrugada, la fiesta concluía, permanecíamos aún un par de horas limpiándolo y recogiendo todo para que a la mañana siguiente pudiera el Dux exhibir de nuevo su aspecto habitual.

Los disfraces eran siempre los mismos porque pertenecían al guardarropa del buque, y aquella noche el salón se llenaba de los mismos napoleones, cleopatras, indios apaches, neptunos con tridente, pierrots, jeques

árabes, piratas con parche y sin parche, príncipes y princesas que los camareros de a bordo conocíamos de anteriores travesías.

Margarita iba disfrazada de cingara, con grandes aretes en las orejas y un pañuelo de lunares rojos en la cabeza. Era una bailarina infatigable y jamás rechazaba a nadie que le solicitara una pieza: no exagero si digo que aquella noche bailó con más de treinta hombres. Hacia las doce y media el salón empezó a despejarse y muchos de los pasajeros se congregaron en torno a ella, formando un corrillo que jaleaba y aplaudía sus movimientos. El director de la orquesta, que probablemente no distinguía entre España y Argentina, le dedicó un tango, y en aquella ocasión Margarita no esperó a que nadie la sacara a la pista, sino que buscó con la mirada a Luciano del Río, el barítono, y le conminó por gestos a formar pareja con ella. Luciano llevaba el clásico disfraz de guerrero vikingo (el casco con cuernos, las trenzas rubias, una espada de latón) y, sin vacilar un segundo, como si durante toda la noche no hubiera hecho otra cosa que esperar ese instante, se plantó junto a ella y le rodeó la cintura con un brazo. Para entonces ya nadie más bailaba en aquel salón, y todo el mundo estaba pendiente de ellos dos, de la impecable sincronización de sus movimientos, del denso erotismo que desprendía el roce de sus cuerpos. No puedo negar que, viéndolos bailar, experimentaba una sensación íntima de disgusto. Aquel hombre, Luciano, era objeto frecuente de las atenciones de Margarita, y me preguntaba: «¿Por qué él y no yo? ¿Es imprescindible

ser tan apuesto y tan buen bailarín como Luciano para conquistar el corazón de las mujeres como Margarita?».

Bailaron todavía un par de canciones más. Luego los músicos empezaron a recoger sus instrumentos y algunos pasajeros apuraron sus copas de champán. Fue entonces cuando Margarita vino hacia mí y me dijo:

—¿Me guías a mi camarote? No será la primera vez.

—Con mucho gusto.

14 Nos metimos por uno de los pasillos. Ella, sin detenerse, se iba quitando los aretes de las orejas. Se quitó también el pañuelo de lunares y sacudió la cabeza con energía.

—Estoy algo borracha —dijo—. Seguro que me habría perdido.

Yo sonreí en silencio y me detuve ante la puerta de su camarote. Ella me miró a los ojos.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó.

Bueno, por fin alguien quería saber el nombre del camarerito español.

—José —dije.

—Escucha, José —prosiguió—. Tengo que hacerte una pregunta muy importante.

—Usted dirá.

Margarita tenía una expresión pensativa. Yo permanecía a la espera. ¿Cuál sería esa pregunta tan importante? Al cabo de varios segundos, volvió a sonreír y dijo:

—¿Cómo puedes ser tan guapo?

Dijo eso y luego me besó en los labios. Fue un beso rápido, inesperado. Se oían voces y risas en algún pasillo cercano. Yo dije:

—Podría vernos su novio.

Ella se echó a reír.

—¿Mi novio? ¿Qué novio? ¿Luciano?

Yo asentía con la cabeza.

—Pero ¿es que no te has dado cuenta? A Luciano no le gustan las mujeres.

Sonreímos los dos, y ahora fui yo quien la besó. Ella dejó que mis labios encontraran los suyos, aunque luego los apartó lentamente. Abrió la puerta de su camarote y me guiñó un ojo. Yo pensaba que me iba a invitar a pasar, pero todo lo que Margarita dijo antes de cerrar fue:

—Buenas noches, José.

El día siguiente era el último de la travesía, día de propinas y despedidas. Busqué a Margarita y me ofrecí a acompañarla a la estación. Los españoles estaban en cubierta, excitados por la inminente llegada, y oteaban el horizonte en busca de indicios de tierra firme.

—No se esfuerce —les dije—. No verán América hasta mañana por la mañana.

En efecto, a la mañana siguiente todo el pasaje señalaba los mismos lugares: la isla de Ellis, la Estatua de la Libertad, Nueva York. Lo primero que había que hacer después de desembarcar era pasar los interminables controles del Departamento de Inmigración. Yo no me separé de Margarita y busqué un mozo que se encargara del resto de su equipaje. De vez en cuando ella se volvía y me sonreía agradecida pero, por lo demás, apenas si intercambiamos unas pocas frases. ¿Qué tendría que haberle dicho? ¿Que estaba enamorado de ella y que sería

capaz de seguirla a cualquier sitio solo por sentirla cerca de mí?

Llegamos a Grand Central Station y nos sentamos a esperar en una de las cafeterías. El grupo de españoles se había repartido en diferentes taxis. Tal vez alguno de ellos estaría ya en el andén.

—¡Nueva York, qué maravilla! —exclamó—. Lástima no poderme quedar unos días...

Yo hice un gesto de asentimiento y dije:

16

—¿Y por qué no? Podemos cambiar el billete. No puede pasar nada solo porque llegues con unos días de retraso.

Ella suspiró como dando a entender: «Ya me gustaría a mí». Insistí:

—Yo te enseñaría la ciudad: los rascacielos, Central Park, todo eso. Tengo fiesta hasta el lunes.

De repente me pareció que podía ocurrir cualquier cosa. Que tal vez Margarita se decidiría a quedarse y que ella y yo, libres de la compañía de los otros españoles, podríamos estar al cabo de un rato mirando los escaparates de la Quinta Avenida o paseando de la mano por cualquier otra calle de la ciudad.

—¡Claro que sí! —dije—. ¡Tal vez la vida no te ofrezca otra oportunidad así!

—Vamos —dijo ella, levantándose, pero por el tono de su voz supe que se encaminaría hacia el andén, no hacia las taquillas.

Cargué nuevamente con su equipaje. Ahora era ella quien llevaba las sombrereras. Bajamos escaleras y recorrimos pasillos y, en efecto, no nos detuvimos hasta

alcanzar el andén en el que estaba prevista la salida del Pittsburgher Express. Un mozo negro nos ayudó a encontrar el coche cama y el compartimiento que le correspondía. Las otras españolas del grupo hacía un buen rato que habían llegado y nos recibieron con risitas pícaras y con palmas. Yo dejé las maletas en el suelo y me llevé a Margarita al pasillo.

—Todavía estás a tiempo —dije.

—La vida da muchas vueltas —replicó ella con voz trémula—. Seguro que nos volveremos a encontrar.

17

Me acarició entonces la mejilla y nos dimos un beso larguísimo, ajenos al trasiego de mozos y viajeros que pasaban a nuestro lado con bolsas y maletas y jaulas con perritos. Cuando separamos nuestros labios, los dos teníamos lágrimas en los ojos. El tren empezó a moverse, lento y ruidoso, y yo hube de correr hacia la escalerilla del vagón y saltar en marcha. Desde el andén aún tuve tiempo de ver a Margarita en una de las ventanillas, diciéndome adiós con la mano.

—¡Adiós, amor mío! —grité—. ¡Adiós!

Permanecí en el andén hasta que la cola del tren desapareció de mi vista. Las últimas palabras de Margarita resonaban aún en mis oídos. Tal vez fuera verdad que la vida daba muchas vueltas y tal vez hasta podía confiar en que algún día nos volveríamos a encontrar, pero ¿cuándo sería eso y en qué circunstancias? Regresé a la misma cafetería en la que había estado con Margarita un rato antes y me dispuse a cenar algo. Y a reflexionar. No saldría de ahí sin haber tomado una determinación.